

## RIGOR MORTIS

Carlos J. Lluch

POM POM POM POM

El ruido de los golpes contra la puerta le hizo pensar en el proverbial martillo golpeando la estaca sobre el pecho del vampiro. ¿Rebuscado? Podía ser, pero Isabel era una amante del cine de terror, y ese fue el símil que acudió a su mente.

—¿Mami?

Se giró hacia su hija con todo el aplomo que pudo reunir, y consiguió formar una sonrisa capaz de pasar por auténtica.

—¿Qué pasa, pequeñaja?

—No me gusta este juego.

Tras comprobar que la silla estaba bien trabada contra la manilla de la puerta, Isabel se dirigió hacia Elisa con los brazos extendidos. La pequeña se lanzó a su regazo como un naufrago a un barco de rescate, y la madre la abrazó con suavidad, sufriendo al percibir el temblor en el cuerpo de su hija.

—Cariño, es sólo un simulacro, ya lo sabes. —Isabel besó el cabello de su hija y se deleitó en el olor a champú de coco que emanaba de su cabeza—. No es la primera vez que lo hacemos, princesa, ¿qué te ocurre?

—Es papá —le respondió con voz temblorosa—. Me ha asustado.

—¿Te cuento un secreto, conejito? A mí también.

—¿De verdad? —Le preguntó Elisa con cara de no creer su afirmación.

—Claro que sí. Esta vez tu padre lo ha hecho muy espectacular, pero ha estado chulísimo —Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar el momento en el que entró al salón con Elisa ya duchada y cambiada, y se encontró a Luis frente a ellas, en pie. Muerto—. No me digas que no ha sido emocionante cuando hemos corrido a tu habitación.

—Pues eso no me ha gustado, mami. Cuando papi te ha agarrado, pensaba que te iba a hacer daño.

Isabel tragó saliva con dificultad. Luis siempre había dicho que se le daba fatal mentir, pero la magnífica actuación que estaba representando en esos instantes le hubiera hecho cambiar de opinión de una forma radical.

—Todo era parte del juego, pequeña —mintió mientras por su mente pasaba una imagen de ella, vestida de gala, recogiendo un óscar a la mejor interpretación—. Ya sabes que tenemos que hacer el juego lo más realista posible, ¿verdad?

—Mamá, ¿me estás mintiendo?

—No, mi vida, mamá no te está mintiendo. Todo lo que estamos haciendo es para estar preparados por si algún día hiciera falta. Es más, no debería ni haberte dicho que esto era una simulación, pero precisamente porque no puedo mentirte te lo he confesado.

¿Comprendes, tontita?

—¡Yo no soy tontita! —exclamó algo ofendida—. Soy muy lista.

—Claro que sí, pequeñaja. —Una breve carcajada, ésta sincera, se le escapó ante la reacción de Elisa—. Tienes razón.

—Y tampoco soy pequeñaja —continuó algo enfurruñada—. Soy muy mayor.

—Sí, mi amor. —Isabel la apretó con fuerza entre sus brazos—. Y por eso mismo, tienes que comportarte como una niña grande y aguantar hasta que termine el juego.

—¿Y cuánto tiempo va a ser, mamá?

—Ya lo sabes, cariño, doce horas.

—¿Y tiene que estar dando golpes todo ese tiempo?

\* \* \*

La cadencia de los impactos contra la puerta empezó a decaer pasadas unas tres horas, más o menos en el momento en que la primera parte del *rigor mortis* hizo su aparición. Para entonces hacía rato que Elisa dormía. El cansancio y la tensión acumulados en su cuerpecillo habían resultado vencedores frente al ruido de los puñetazos que el cadáver reanimado de Luis asestaba contra la madera que les separaba.

Isabel, sentada en el suelo junto a la cama, acariciaba el rostro de su hija mientras apartaba los mechones de negro cabello que se deslizaban por sus mejillas. Lloraba en silencio. Lloraba de pena, de miedo, y de rabia. De pena por la pérdida de su marido y por lo que su pequeña iba a sufrir cuando lo descubriera todo; de miedo por lo que iba a suceder a continuación, y de rabia por Luis, por no haberse cuidado más y, aunque pudiera parecer cruel, por no haber elegido otro lugar para sufrir la embolia o el infarto o lo que fuera que le había matado. Ella sabía que ese último era un pensamiento mezquino y egoísta, sí, pero muy humano. Hay que decir en su descargo que pronto se arrepintió de haberlo pensado y se sintió peor todavía, pero ese momento en el que había salido con la

niña para encontrarse a Luis mirándoles con cara de bobalicón, los ojos blancos como la leche, babeando como un bebé en plena dentición... Ella había sido como Elisa. Cada vez que de niña había tenido que hacer un simulacro de conversión en casa, se había sentido inquieta, mal. Había pasado miedo la mayoría de las veces, y por fortuna nunca había tenido que poner en práctica los protocolos hasta esa noche. Sus padres habían fallecido ambos en el hospital y habían sido rematados convenientemente por personal sanitario. Pero era consciente de que gracias a todos esos malos tragos había sabido reaccionar y salvar la vida de la niña al atrincherarse en su habitación.

Lo que jamás había podido imaginar era que algún día los simulacros con Elisa se iban a hacer realidad, y menos para protegerse de Luis. Pero no quería pensar en esa cosa como en Luis. La criatura que se había lanzado hacia ellas gimiendo y asestando dentelladas en su dirección no era su marido. El contacto de su mano al agarrarle por el antebrazo, con la piel helada...

Negó con la cabeza en un vano intento de borrar ese recuerdo y se concentró en pensar en otras cosas: no quería que la última imagen de su marido que quedara en su memoria fuera la de esa aberración intentando devorarlas.

Recordó la última vez que habían salido a cenar sin la niña. El vino que habían tomado junto con la carne y que les había dejado algo achispados, el gin-tonic de después que les había terminado de entonar, y el delicioso rato de sexo del que habían disfrutado en casa. Y en todas las imágenes que circulaban por el cine de su memoria, destacando sobre el conjunto, la sonrisa de Luis. No era una sonrisa perfecta: tenía las paletas levemente separadas y al colmillo izquierdo le faltaba un trocito de la punta por un golpe contra la puerta del coche, pero era su sonrisa y ella la adoraba. Dios, cómo iba a echar de menos su sonrisa.

\* \* \*

Se despertó sobresaltada. No debía dormirse, las consecuencias podían ser terribles. Miró a Elisa que continuaba durmiendo con toda placidez y se levantó del suelo para estirar un poco la espalda. Había algo que no le cuadraba. Le costó un instante darse cuenta de qué era lo que fallaba, y el descubrirlo le insufló una suerte de cauteloso alivio: No habían golpes. Miró su reloj y comprobó que ya habían pasado más de seis horas. Repasó mentalmente todos sus conocimientos sobre el proceso del *rigor mortis*, conocimientos básicos que se grababan a fuego en la mente de todo el mundo ya desde la infancia, y dudó. Sabía perfectamente que el periodo para que el cuerpo quedara inmovilizado era de unas doce horas, momento en el que los zombis se volvían inofensivos, hasta que horas después la elasticidad volvía como parte integrante del proceso de putrefacción.

Solo había transcurrido la mitad del plazo, pero no eran raras las ocasiones en que la paralización se completaba mucho antes. Al fin y al cabo, el período estipulado era una media, no una regla tallada en mármol. Además, no se escuchaba nada desde el otro lado de la puerta. De puntillas y sin hacer apenas ruido, se acercó a la lámina de conglomerado reforzado y pegó su oreja al material. Nada en absoluto.

¿Y si ya estuviera impedido? ¿Y sí en efecto su *rigor mortis* había precisado de menos tiempo? Desde el momento en que se había liberado del agarre de Luis y había conseguido encerrarse en el cuarto de la niña, Isabel había sabido que el tiempo iba a ser un factor determinante para ambas, y si podía ganar unas horas, ya no habría nada que temer. Esperanzada, apartó la silla y giró había abajo el tirador de hierro cromado hasta escuchar el click del cierre saltando. Se asomó por la rendija que abrió y tuvo que morderse la lengua hasta sangrar para no lanzar un grito: Un brazo grisáceo que reconoció como el de Luis gracias a su *Tag Heuer* de imitación colgaba inmóvil, con los dedos doblados como garfios.

Isabel cambió de posición para ver mejor, y pronto tuvo frente a ella la cara de Luis, cenicienta y surcada de venas negras que formaban una desagradable telaraña en su rostro. Sus ojos muertos, semejantes a los de un pez, apuntaban al vacío. Isabel sollozó ante el destino de su esposo y lo observó durante cerca de cinco minutos sin apreciar ningún tipo de movimiento. Por fin se animó y abrió para pasar.

Por desgracia, el *rigor mortis* de Luis no era muy distinto del de la media, y aún se encontraba en el segundo estadio del proceso, lo que sumado al aletargamiento propio de los zombis cuando no tienen presas a la vista, le hacía parecer lo contrario. Así, cuando la puerta del cuarto de Elisa iba por la mitad, un agudo chirrido recorrió el pasillo y el dormitorio, devolviendo la actividad al zombi. Isabel contempló aterrada cómo la cabeza de su marido se erguía con esfuerzo, haciendo un ruido semejante al de chasquidos mientras los músculos del cuello se estiraban, y se maldijo por su impaciencia. El que unas horas antes era Luis lanzó el brazo con brusquedad hacia la puerta, que chocó contra la frente de Isabel, haciéndole caer de espaldas. Aturdida por el impacto, tardó unos segundos en reaccionar, y para cuando pudo enfocar la vista, el zombi ya había entrado a la habitación, caminando con un andar torpe y desmañado que le recordó a los primeros pasos del Frankenstein de Karloff. Iba directo a la cama donde dormía Elisa.

Con una velocidad nacida de la desesperación y el miedo, Isabel se lanzó hacia las rígidas piernas, agarrándolas y provocando que el cuerpo reanimado trastabillara y cayera de boca. Aprovechando la dificultad del muerto viviente para enderezarse, lo cogió por los tobillos y lo arrastró fuera del dormitorio, entrando y cerrando de nuevo a toda velocidad.

—¿Mami?

El corazón de Isabel dio un vuelco en su pecho y se giró como un relámpago para mirar a su hija: ésta se frotaba los ojos cerrados. Su carita, algo hinchada por el sueño, no revelaba que hubiera visto nada del incidente que su irresponsabilidad había provocado.

—¿Qué te pasa, pequeña... cariño? —Le preguntó sin poder evitar que su voz sonara una octava más aguda de lo habitual.

—Me he despertado por el ruido, mamá. ¿Papi ha terminado ya con el juego? Es que me hago pis.

—No, cariño —respondió aliviada de que en efecto no se hubiera enterado de nada—. Aún no hemos terminado, pero ya falta poquito.

—Pero tengo que salir a hacer pis, mamá —protestó.

—Espera un momento.

Isabel recorrió la habitación de la niña con la mirada hasta dar con una papelerera metálica pintada de un color rosa chillón, donde una coqueta Minnie Mouse posaba radiante de felicidad. Recordó el día que Luis había aparecido con ella. Isabel le había pedido que comprara pan, huevos y un par de cosas más, y cuando apareció en casa, todos los encargos más un par de cosas extras venían dentro de la papelerera. Según le dijo, estaba de oferta y no había podido resistirse a comprarla para su princesa. Siempre estaba igual. Daba lo mismo que ese mes estuvieran cortos de dinero: veía alguna cosa que supiera que la iba a hacer feliz, y si llevaba efectivo en el bolsillo, terminaba en casa...

—Mami, que me meo —le urgió la niña interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

—Sí, perdona cielo.

Isabel cogió el cubo de aluminio y se lo acercó.

—Tendrás que hacerlo aquí, mi vida. Recuerda que no podemos salir.

—Pero mamá, es mi cubo de Minnie —protestó—. No quiero hacer pipi ahí.

—Cariño, sé razonable. Es lo que hay.

—No, no, no. Estoy cansada de este juego. ¡Quiero que pare! ¡Y quiero que papá me dé el beso de buenas noches!

—Cielo, por favor —intentó calmarle la madre—. Quiero que me escuches...

—¡NO! ¡No quiero escucharte! ¡Eres mala y tonta y...!

—¡BASTA! —Isabel le lanzó un grito tan cargado de rabia y tensión que Elisa retrocedió atemorizada hasta el rincón más alejado del cuarto—. ¡Soy tu madre, maldita sea! ¡A mí no me insultes!, ¿Te enteras? ¿Tienes idea de lo que estoy haciendo por ti? ¿De lo que estoy soportando esta noche?

El llanto de la niña fue peor que un bofetón. Un atisbo de cordura entre la bruma de la ira le permitió ver lo que acababa de hacer: su niña, su pequeña, lloraba desconsolada con la cabeza apoyada en una pared, mientras al otro lado de la puerta, su padre muerto y revivido esperaba una oportunidad de devorarla. Y ella, su madre, gritándole como una perturbada. Se sintió escoria de la peor clase. Sintiendo como las lágrimas acudían también a sus ojos, corrió a abrazar a la pequeña, que la correspondió, y ambas derramaron cálidas gotas de llanto sobre el hombro de la otra.

Isabel se disculpó con Elisa. Adujo que ella también estaba harta del juego, nerviosa y de mal humor, pero que tenían que completar el simulacro. Por fin, la niña accedió y orinó en la papelera con la ayuda de su madre. Mientras se volvía a poner el pijama, un nuevo golpe en la puerta las sobresaltó.

POM



—Mamá, está golpeando otra vez. Pensaba que ya había terminado.

—Se debe haber despertado al oírnos —mintió mientras imaginaba la escena de Luis consiguiendo ponerse de nuevo en pie—. Papá también debe de estar agotado y se habrá dormido fuera el pobre.

—Pues no lo soporto —dijo con los brazos cruzados por delante del pecho—. Si todos queremos que esto termine, ¿por qué continuamos haciéndolo?

Isabel no supo qué contestarle. En su lugar la abrazó con fuerza y la llevó en volandas hacia la cama, donde la acomodó y tapó con mimo.

—Intenta dormir, princesa —le dijo mientras le daba un beso en la frente—, ya falta poco.

—No quiero dormir, mamá. Tengo miedo.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—Mami, ya soy muy mayor para eso. Tengo seis años.

A Isabel le invadió un acceso de risa nerviosa ante la respuesta de su hija que, aunque en un principio se mostró ofendida por la reacción de la madre, terminó riéndose también.

Los minutos pasaron hablando de lo que Luis siempre había llamado "cosas de chicas". Tonterías sobre compañeros de clase de Elisa como Nicolás, que le había tirado de la coleta, o Adrián y Álex, que querían ser sus novios.

Isabel la escuchó sin prestar auténtica atención, pues estaba pendiente de los rasgos de su hija, de su vocecilla chillona, de cada uno de sus gestos... fue un momento maravilloso en el que pese a todo, se sintió plenamente feliz, regodeándose en el amor tan

puro que sentía por su hija. Para cuando llevaban veinte minutos, apenas se entendía ya a una adormecida Elisa que cabeceaba agotada, interrumpiendo su narración cada vez que se le cerraban los ojos.

Por fin, la niña se quedó en silencio e Isabel la besó en la frente y en los párpados. Se percató de que de nuevo había regresado el silencio: ya no había más golpes. Se levantó para estirarse y Elisa le agarró la muñeca sobresaltándola.

—Mamá.

—¿Qué te ocurre, cielo?

—¿Papá está bien? Ya no le escucho.

—Sí, cariño. Ya te he dicho que él también estará cansado y se habrá vuelto a dormir. Por eso no sigue golpeando.

—Mañana no quiero ir al cole. ¿Podemos pasar el día los tres juntos? ¿Puede quedarse papá en casa?

—Trato hecho, cielo. Y descuida que papi también estará con nosotras. Yo me ocupo.

Y Elisa no le respondió. Una sonrisa de alivio y felicidad se instaló en su rostro, y volvió al séptimo cielo de los sueños. Isabel en cambio, se maldijo a sí misma por su cobardía para contarle la verdad, mientras se le retorcían las tripas de pensar en cómo iba a ser el día siguiente.

\* \* \*

Las primeras luces del sol le sorprendieron sentada de nuevo en el suelo, apoyada contra la puerta. Sudaba copiosamente y estaba aturdida. No sabía si se había quedado

dormida o inconsciente, pero al mirar su reloj se maldijo a sí misma. Aún faltaban un par de horas para completar la doce necesarias, pero ella no tenía tanto tiempo. Debía de haber estado controlando el estado de Luis desde las cinco, buscando el momento oportuno para poder salir a llamar sin que hubiera riesgo para Elisa. Pero no, se había quedado fuera de juego y no tenía tiempo que perder. Se quitó el sudor de la frente, alarmada por la temperatura que su piel desprendía, y abrió la puerta con dedos torpes. Al asomarse, vio a su difunto marido en el suelo, y salió cerrando la puerta tras de sí. Luis parecía completamente paralizado, y una súbita necesidad de llorar le invadió. Pero no salió ni una sola lágrima. A pesar de la prisa que tenía, se agachó junto a él, le acarició el rostro, y descubrió que sus ojos sí se movían, buscándole con ansia. Le besó en la cabeza y se dirigió al teléfono de la cocina. Descolgó y marcó el teléfono de la policía, esperó a que dijeran el número de la opción que necesitaba y lo pulsó. Al segundo tono una cálida voz masculina le respondió.

—Departamento Z. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días —Isabel tragó una bola de saliva densa y caliente, e hizo un esfuerzo para poder continuar—. Verá, se... se trata de mi marido. Él... ha muerto.

—No sabe cuánto lo lamento, señora. ¿Se ha reanimado ya? ¿Lo tienen aislado?

—En realidad, fue anoche... mi hija y yo hemos estado encerradas todo el tiempo. Ya está en *rigor mortis*.

—Bien, no quiero que se preocupe por nada. Ya hemos localizado su dirección y una patrulla va de camino para allá. Vuelva si quiere con su hija y enseguida todo habrá terminado. Ha sido usted muy valiente.

—En realidad no...

—¿Cómo dice?

—No he sido valiente. No he tenido valor de decirle toda la verdad a mi hija.

—No se sienta culpable, señora. Nunca es fácil decirle a un hijo que su padre ha muerto. Si lo desea podemos mandarle un psicólogo para que le ayude a asimilar...

—¡No! —gritó embargada por una súbita frustración—. No lo entiende, no es sólo lo de su padre.

La conversación con el operador la trasladó al recuerdo que había estado intentando borrar, el de Luis atacándolas, como si un tornado la hubiera arrastrado a su interior: La mano de su marido la había agarrado con fuerza, pero el miedo mezclado con adrenalina, le había conferido la energía necesaria para librarse de un tirón... por desgracia, el muerto viviente ya estaba lanzando una dentellada que no pudo esquivar del todo. Rota de dolor, Isabel se subió la manga del brazo derecho, donde una pequeña marca en su carne, apenas un arañazo, supuraba una suerte de pus negruzca mientras decenas de capilares y venas negras se dibujaban como macabros tatuajes, partiendo de la herida y extendiéndose por su piel..

—Tendrá que mandar dos patrullas.